

MARIO MONTEFORTE TOLEDO: *Partidos Políticos de Iberoamérica*, Instituto de Investigaciones Sociales. Universidad Nacional Autónoma de México, 1961.

EL ENSAYO de Monteforte Toledo constituye una no lograda tentativa de análisis de un problema sociológico, cuyo justo enfoque es vital para el conocimiento de esta extensa y turbulenta área continental.

Duverger ha sostenido, con lógica y sólida argumentación, que el partido político, tal como fue conocido después de la segunda mitad del siglo XIX, no existió en épocas anteriores. Por ello nos parece errónea la opinión del autor, de que liberales y conservadores "no eran grupos amorfos sino verdaderos partidos políticos". No basta, para que éstos existan, programas, intereses comunes, etc., sino que se requiere una base estructural, una organización. Liberales y conservadores, unitarios y federales, han sido tendencias, movimientos de opinión, aglutinaciones heterogéneas e inorgánicas de intereses y programas, pero nunca partidos políticos tal como en la sociología contemporánea se los concibe.

Para la comprensión de la dinámica y objetivos de los partidos políticos actuantes en nuestros países, no puede dejarse de lado su origen histórico y las tradiciones que determinan y condicionan en parte su existencia, su programa, organización y extracción social de sus miembros. Una objeción primera que puede hacerse a Monteforte Toledo es haber soslayado el estudio de esos orígenes, aunque en el capítulo I dedica diecinueve páginas a generalidades sobre el problema, con algunas observaciones no fundamentadas y más que discutibles, como el que "los ejércitos regulares fueron creados por los liberales como sustituto de la Iglesia Católica, que era instrumento decisivo de los conservadores".

Un hecho fundamental, que en Lati-

noamérica comienza a entrecruzarse desde el final de la Segunda Guerra Mundial, y hoy es por demás visible, es la bancarrota de los partidos tradicionales y el que las masas buscan nuevos caminos para enfrentar y resolver un presente dramático y crucial. Este proceso afecta tanto a los partidos de izquierda, como a los de derecha o centro, aunque la incidencia es mayor en los primeros.

El 24 de febrero de 1946, en Argentina, por ejemplo, una coalición de partidos que comprendía a todos los existentes (Conservador, Unión Cívica Radical, Socialista, Demócrata Progresista, Comunista, etc.) fue aplastada electoralmente por un movimiento popular heterógeno, sin organización, carente de programa, que se aglutinó en derredor a la figura de Perón con dos consignas decisivas: "Justicia Social" y "Braden o Perón" (esto es, que se enfrentaba a la ciudadanía ante la disyuntiva de decidir si el país sería gobernado por el embajador norteamericano o por Perón). El resultado de esas elecciones pareció fraudulento para aquellos cuya miopía política les impedía percibir que *algo* había cambiado de una vez y para siempre en la vida argentina. Esto, en mayor o menor escala, ocurre en otros países y, salvando tiempos y magnitudes, lo fue en Cuba.

Ocurre que los viejos esquemas de partidos, a la europea o norteamericana, ya no funcionan. Las rivalidades tradicionales entre liberales y conservadores y toda la gama de la izquierda, han sido superadas por el hecho de que la línea política divisoria entre los habitantes de cualquier país iberoamericano pasa por el problema del imperialismo y del latifundio. Los ciudadanos y las organizaciones se conocen hoy por si están a favor o en contra del imperialismo, por o contra la reforma agraria, por o contra la justicia social. Es lógico que los partidos tradicionales donde conviven terra-

tenientes y campesinos sin tierra, patrones y obreros, burguesía dependiente del comercio con los países imperialistas y burguesía nacional interesada en un desarrollo independiente, no pueden actuar de modo coherente y se desintegran. De allí los constante reagrupamientos, escisiones, muerte y nacimiento de partidos o la colaboración de sectores aparentemente antagónicos, para salvar privilegios y estructuras caducas, como en el caso de Colombia lo es el pacto liberal-conservador.

En todo este proceso ya no son aptas las viejas estructuras partidarias y se plantean reagrupamientos de fuerzas más allá de los esquemas tradicionales. La polémica entre rosistas y antirrosistas en Argentina, es hoy tan anacrónica y caduca como lo puede ser en México la de juaristas y antijuaristas.

Si las fuerzas del progreso, nacionales y populares, encuentran su común denominador en la lucha antimonopolista y antiterrateniente, es justa la observación del autor de que "el anticomunismo ha sido el gran descubrimiento de la derecha como su catalizador típico", pero agregaríamos que no sólo es "una negativa sin definir su propia naturaleza", sino también una afirmación contra la reforma impositiva, contra la ampliación del Artículo 123 constitucional, contra el texto gratuito de enseñanza, contra toda mejora social en definitiva, y por el mantenimiento de estructuras sociales y económicas atrasadas.

Monteforte Toledo estudia sumariamente algunos partidos representativos en América Latina: el radicalismo ar-

gentino, el aprismo peruano, la Acción Democrática venezolana, el Movimiento Nacionalista Revolucionario boliviano y los comunistas. La enumeración revela algunas omisiones fundamentales. La primera, que una investigación realizada en un Instituto de la Universidad de México no analice el régimen y estructuras de partidos en este país. La segunda, que se olvide a dos países fundamentales, cuya vida y perspectivas políticas es por demás importante: Brasil y Chile. La tercera, que no se investiguen los antiguos partidos cubanos ni las actuales organizaciones políticas. Y esto último, porque Cuba y su Revolución tienen una trascendencia continental, y aun mundial, y el autor omite prácticamente toda referencia a ello, aunque cree y afirma hacerlo (véase pág. 102, nota 1).

Si algunas observaciones del caso argentino son justas, no se valora ni investiga la actuación de dos grandes fuerzas que tienen un peso decisivo: el ejército y el sindicalismo. Algunas apreciaciones sobre Perú o Venezuela, hoy ya superadas por los acontecimientos, revelan que una investigación sociológica debe ahondar más en las estructuras, reposar menos en lo que dicen o piensan ciertas personalidades políticas y más en el carácter de los intereses y factores de poder que representan.

El espacio nos impide un análisis a fondo sobre un tema que consideramos fundamental, pero que asigna al libro comentado el mérito de llamar la atención de los investigadores a una realidad latinoamericana.

MARCOS ARMANDO HARDY